

18.

HABITA EN *Mi*

El décimotercer capítulo de Juan nos muestra la cena de Pascua según fue celebrada por Jesús y sus discípulos la noche antes de la crucifixión. Durante esta cena uno de los doce discípulos saldría, para nunca caminar otra vez con ellos. Judas incluso traicionaría a su Señor pensando que estaba promoviendo el reino Dios en la tierra. Durante la cena Jesús les había dicho que él se iría y que no podrían seguirlo. Como de costumbre, Pedro expresó las preguntas que todos, sin duda alguna, tenían en su mente: “¿donde vas y porqué no puedo seguirte?” Entonces sigue un compromiso sincero, “mi alma pondré por ti.” Juan 13:37. Pedro y los discípulos harían otros compromisos esa misma noche.

Marcos 14:30,31 lee, “Y le dice Jesús: [Pedro] De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él [Pedro] con mayor porfía decía: Si me fuere menester morir contigo, no te negaré. *También todos decían lo mismo*” (itálica provista).

Jesús sabía que la respuesta de estos hombres era sincera, pero la carne era débil. Sus propias faltas serían el arma más eficaz de Satanás para desalentarlos. Para contrarrestar esta experiencia inevitable Jesús les dio el hermoso mensaje de Juan 14.

En la conclusión de su mensaje encontramos la simple expresión: “levantaos, vamos.” Jesús sabía adónde Él iba. Los discípulos deseaban solamente estar con Él así que le siguieron. Era de noche y las calles de la ciudad estaban,

sin duda alguna, llenas del pueblo porque esta era la época de la celebración de la Pascua. En estas estaciones las colinas estaban cubiertas con tiendas, porque no había suficiente alojamiento en la ciudad para las multitudes que atendían en estos días festivos.

Jesús y sus discípulos salieron del aposento alto y entraron a la concurrida calle. Él dirigió el camino hacia un punto familiar que era muy apreciado por Él —el monte de los olivos. Éste no era su destino, pero Él se aprovechó de una próspera vid para dar una lección más a estos hombres a los que Él tanto amó.

La luna brillaba sobre esta vid cuando Jesús se detuvo y fijó sus ojos sobre ella. Sin duda alguna cada discípulo también miró a la vid. Entonces las palabras vinieron clara y poderosamente, rompiendo la calma de la noche, “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.” Juan 15:1. Yo puedo oír a Pedro mientras se volvió a Juan y quizás preguntó, “¿oíste lo que él dijo? No entiendo, ¿todo el mundo sabe que Israel es la vid!” Juan pudo haber respondido diciendo, “no entiendo tampoco, pero vamos a escuchar. Él puede explicarlo.” Jesús continuó con la lección.

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto [mi Padre] le quitará: y todo aquel que lleva fruto, [mi Padre] le limpiará, para que lleve más fruto.” Juan 15:2.

Los términos “vid,” “pámpano,” “labrador,” “limpiar,” etc. eran todos términos familiares, porque los viñedos eran comunes en esa área. Los discípulos entendían que la purga se hacía con el cuchillo de la poda. Sin duda, el mensaje de que una rama que no lleva fruto sería cortada totalmente, y que si fuera productiva todavía sería cortada pero no tan severamente, era claro a estos hombres, aun si no cabía en su esquema de pensamiento. ¡Los judíos ciertamente no necesitaban tal tratamiento tan severo! ¡Eran Israelitas —hijos de Abraham! Por muchas generaciones habían estado en la vid hasta que, en sus mentes, ellos eran la vid en sí misma.

Jesús procuró animar a estos hombres diciendo, “Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado.” Juan 15:3. Estas palabras pueden entenderse mejor a la luz de otras Escrituras tales como, “La palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia...” Colosenses 3:16. “Por lo cual, dejando toda inmundicia y superfluidad de malicia, recibid con mansedumbre la palabra ingerida, la cual puede hacer salvas vuestras almas. Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos á vosotros mismos.” Santiago 1:21,22. Cristo realmente decía, “Estáis limpios al creer la palabra que les he hablado.”

La carga verdadera en el corazón de Cristo se hace clara en el verso siguiente: “Estad [habidad] en mí, y yo en vosotros.” Juan 15:4. Es claro que el Maestro está mirando adelante a su juicio y crucifixión cuando aun sus discípulos lo abandonarían. Él les presentó los hechos que no habían considerado hasta ahora. “. . . Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí.” Juan 15:4. Sigue siendo cierto hoy; estamos desamparados a menos que habitemos en él. Aunque las cosas parezcan imposibles y todo esté fallando, el mensaje es el mismo: “habita en mí; confía en mí.”

Este mensaje de la vid y de los pámpanos se entiende mejor cuando se estudia con Romanos 11. Tenemos aquí un árbol de oliva verde en vez de una vid. Ambos eran símbolos de Israel y, como tal, eran reverenciados por los judíos. La aceituna silvestre era un símbolo de los gentiles, y la buena aceituna era un símbolo de Israel.

El injerto es el proceso por el cual lo silvestre llega a ser doméstico y, por lo tanto, útil y bueno. El proceso del injerto enseña el secreto básico de vivir la vida cristiana. Como la mayoría de las cosas que son de mérito, debemos cavar un poco para encontrar la verdad.

Cuando Romanos 11:24 habla de un árbol de oliva silvestre y de un buen árbol de oliva, Pablo está refiriéndose al reino de Satanás y al reino de Dios. La única manera en que una

rama de Satanás y de su reino pueda convertirse en una rama de Cristo y de su reino es por vía del proceso de injerto.

El labrador (el Padre) va en busca de una rama (nosotros) que desee llegar a ser parte de su reino. Cristo dice, “No me elegisteis vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros; y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto.” Juan 15:16. Cristo, en su amor indescriptible, llama a todos los hombres pero solamente algunos responden a ese llamado rindiéndose a Él.

Antes de que Cristo pueda hacer cualquier cosa para injertar la rama en sí mismo, él debe preparar el buen árbol de oliva para recibir la rama silvestre. Pablo dice que esto es contrario a la naturaleza. Pero, ¿no son la mayoría de los caminos del hombre contrarios a Cristo? “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.” Isaías 55:8.

El hombre toma una buena rama y la injerta en un tallo silvestre o sistema de raíz de tal modo que produce buen fruto. Dios toma una rama silvestre y la injerta en una raíz domesticada y produce el mejor fruto posible. El hombre no puede hacer su trabajo de la manera que Dios hace el suyo. Todo el plan de la salvación consiste en Dios trabajando en su propia manera en las vidas de los hombres y el hombre dándole la libertad para hacerlo.

Si el hombre hace su trabajo de injerto de la manera que Dios hace el suyo, el único producto es más fruta silvestre. Esto, en sí mismo, debe enseñarnos que nuestro trabajo se limita a rendirnos y confiar en el Maestro de obra. “Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra.” Isaías 1:19. La voluntad es nuestra; la obediencia, Él la logra en cada alma que confía.

Dios preparó el buen Árbol de Oliva para recibir las ramas silvestres en el Calvario. Pero decimos, “¿qué tal de aquellos desde Adán al Calvario?” Recuerde, Cristo es “...el cual fue muerto desde el principio del mundo.” Apocalipsis 13:8.

Cada rama silvestre desde Adán hasta que Jesús regrese se debe injertar en el Calvario.

“La luz que resplandece de la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae a él. Si no resistimos esta atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios produce por medio de la fe una nueva vida en el alma. Los pensamientos y los deseos se sujetan en obediencia a la voluntad de Cristo. El corazón y la mente son creados de nuevo a la imagen de Aquel que obra en nosotros para someter todas las cosas a sí.”¹

Ahora que hemos sido atraídos al Calvario, veamos cómo el Labrador hace su injerto. Como el horticulturista, el Labrador toma el cuchillo de podar y corta la rama, separándola totalmente de su fuente de vida anterior. Este trabajo inicial es severo y debe **ser hecho** por el Labrador. Nuestra parte es simplemente desear y estar dispuestos a dejar que Él haga el trabajo. Debemos tener cuidado de no quejarnos en cuanto a *cómo* Él trabaja.

El buen Árbol de Oliva debe ser herido para recibir la rama que se le injertará. Esa herida fue infligida en el Calvario. Ahora se le debe dar forma a la rama para ajustarla a la herida del Calvario. “...Todo aquel que me confiesa participando de mi sacrificio por los perdidos, será confesado como participante en la gloria y en el gozo de los redimidos.”²

Pablo dijo, “con Cristo estoy juntamente crucificado...” Gálatas 2:20 y, otra vez, “Porque los que son de Cristo, han crucificado la carne [la vieja naturaleza] con los afectos y concupiscencias.” Gálatas 5:24. Cuando la rama se corta de su fuente de vida anterior, se separa de su vieja naturaleza. Pero el Labrador no la deja morir. Él pone la rama cuidadosamente en el buen Árbol de Oliva herido. Entonces

él cubre el empalme con la cera de injerto (Su manto de justicia). El propósito de la cera de injerto es de proteger contra cualquier infección o enfermedad que obstaculice el proceso de crecimiento.

“Cristo vivía rodeado de la presencia del Padre, y nada le aconteció que no fuese permitido por el Amor infinito para bien del mundo. Esto era su fuente de consuelo, y lo es también para nosotros. El que está lleno del Espíritu de Cristo mora en Cristo. El golpe que se le dirige a él, cae sobre el Salvador, que lo rodea con su presencia. Todo cuanto le suceda viene de Cristo. No tiene que resistir el mal, porque Cristo es su defensor. Nada puede tocarlo sin el permiso de nuestro Señor; y ‘todas las cosas’ cuya ocurrencia es permitida ‘a los que aman a Dios. les ayudan a bien’. Romanos 8:28.”³

El Labrador todavía no ha acabado. Él entonces toma la cinta de injerto y la envuelve alrededor de la rama y del tallo del árbol. Una capa tras otra es aplicada hasta que los vientos y las tormentas de la vida no pueden aflojar la rama que se ha injertado. La rama debe hacerse uno con el Árbol de Oliva (o la Vid).

“La unión del sarmiento con la vid, dijo, representa la relación que habéis de sostener conmigo. El pámpano está injertado en la vid viviente, y fibra tras fibra, vena tras vena, va creciendo en el tronco. La vida de la vid llega a ser la vida del pámpano.”⁴

Ni siquiera entonces el Labrador ha terminado con la rama, porque su propósito para la rama es que produzca fruto. “...El fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, Mansedumbre,

templanza...” Gálatas 5:22,23. Esto nos trae de regreso al vestido de boda otra vez, el manto de la justicia de Cristo el cual es su carácter, el manto que todos debemos vestir para estar listos para el regreso del Señor.

En orden de que este fruto aparezca, tendrá que haber una poda. Este trabajo también lo hace el Labrador. Hay a menudo un crecimiento excesivo que debe ser cortado para desarrollar fuerza en la rama. El follaje excesivo da la impresión incorrecta e impide a menudo que el fruto se desarrolle apropiadamente.

Lo que el Labrador se afana en buscar es la característica mortal común a casi todas las ramas —la tendencia a colgar. El problema es que cuando la rama se inclina y toca la tierra, produce raicillas y después intenta tomar su alimento de dos fuentes. Pero Cristo dice, “ninguno puede servir a dos señores.” Mateo 6:24.

El cuchillo de poda debe ser utilizado para cortar estas raicillas de modo que la rama obtenga su vida solamente de una fuente. Con cuidado tierno el Labrador levanta la rama que se inclina y la sujeta al Enrejado donde puede respirar el aire fresco y bañarse en la luz del sol del amor de Dios. Cada tendencia heredada y cultivada al mal se corta en este proceso de poda llamado santificación. Éste es el trabajo del Labrador. La rama debe habitar y dejar que el Labrador haga su trabajo como Él sabe qué es mejor para cada uno de nosotros.

Solamente habitando podemos caminar en la perfección, porque esa perfección es la suya, no la nuestra. ¡Cuánto debemos apreciar que Él nos permite estar cubiertos con su manto de justicia!

Notas:

- 1 El Deseado de Todas las Gentes p. 147,148.
- 2 El Deseado de Todas las Gentes p. 324.
- 3 El Discurso Maestro de Jesucristo p. 62,63.
- 4 El Deseado de Todas las Gentes p. 629.